

ADIOS AL CAMINO DE LOS ELEFANTES

Por ser una potona fea, Olguita Lucio se habría metido a monja.

Al integrarse a una secta, cuyos miembros están obligados a vestirse siempre de rojo y a practicar la meditación trascendental todas las mañanas, Myriam Vergara mejoró de unos fuegos y partiduras en los labios, y una persona que sufría de almorranas ardientes, sangrantes, sanó en forma milagrosa. Porque todos los huesos de nuestro cuerpo, nuestros esfinctores, eran los primeros en sufrir con nuestras tensiones y los primeros en recuperar sus posiciones naturales gracias a la meditación.

En la pantalla, una cabeza calva, con el cráneo en forma de torpedo, hablaba con intensa seriedad de la situación armónica de un equipo de fútbol, situación afectada por graves acontecimientos recientes, tales como una pelota caprichosa que había pegado en un travesaño maldito, en vez de incrustarse en el arco enemigo, y todo esto en el instante menos oportuno.

Mary Tromben, otra potona, esta vez pretenciosa y pedante, buscaba el éxito de su Galería del barrio alto en la presentación de pintores que por olfato más que por conocimiento, sabía que eran venta y noticia en los círculos snobistas donde ella misma se coló a colarnos.

Afeminado, hediondo a trigo, trepador y paterno al colmo, el crítico Benedito Cabrera algo sabía del arte, pero mejor dominaba el arte de sobrevivir a tres cuartos y un repique.

"Asnos de la mediación, maestros de la vida refleja, héroes del coleccionismo de minas. Alguien sostiene, con argumentos atendibles, que la capacidad crolla de creación intelectual se deriene allí. Podrían los críticos, los comentaristas, los compiladores, pero no hay nada substancial que criticar, nada que comentar, nada que compilar. Eso explica su genio reflejo: desarrollan su discurso alrededor del bomo".

Eso son algunos de los personajes y el ambiente que rodean a *La mujer imaginaria* (Plaza & Janés Editores, 1985).

Imaginaria pero tan creíble como cierto es el talento de su creador Jorge Edwards, quien la sacó, no de la costilla de Adán, como ocurrió con la menos convincente



Con ironía y cariño Jorge Edwards crea una mujer imaginaria que refleja al Chile del siglo.

Eva, sino que de la sangre, sudor y lágrimas soterradas de la mujer chilena de clase alta, cuando una dosis de inteligencia la hace darse cuenta en algún momento de la vida, que *j'en ai marre*: me aburro.

De ahí salió el seudónimo de Juan Emar, recordado por *La mujer imaginaria* y con el que el pintoresco Pilo Yáñez escribió muchos de sus sabrosos cuentos y novelas. Ella, en cambio, no toma la pluma, sino los pinceles y rebote, a los sesenta años, el diario de vida cerrado bruscamente a los diez, por culpa de la torpeza hipócrita y convencional de la familia que equivocó su posible creatividad con una supuesta perversión.

Novela femenina y no feminista —como asevera su autor—, lo cierto es que Jorge Edwards trasunta cariño y comprensión, no exentos a ratos de tierna ironía, por esta Inés Vargas que en su rebelión se pasa al Inés Elizalde de una artista, tío materno, y como tal sale de la casa grande y del lado del marido, para instalarse sola y con firmeza frente al caballete.

No es frecuente que un hombre cree literariamente mujeres que pisen a ser casi de carne y hueso, como Manon Lescaut, o como la Nora de Casa de muñecas, cuyas hazañas se han convertido en genéricas, tal cual hoy puede casarse Inés Elizalde, en su liberación relativa y tardía, pero liberación al fin. Como tampoco es frecuente que estas heroínas les gusten a los críticos de sexo masculino. Tal cual ocurrió a un Alonso que jamás concedió cate-

goría a las de Simone de Beauvoir o las de Françoise Sagan, y como ahora ocurre con Ignacio Valente, a quien no concedió *La mujer imaginaria* (El Mercurio, noviembre 31).

"Quiéquiera ensanche aunque sea un poco su horizonte vivencial, es un artista", citó un interlocutor sagaz, a propósito de esta Inés imaginaria y controvertida, poniéndose de su parte y de la del autor, y comentando con el propio Jorge Edwards, los incidentes que para bien —en su mayoría— y para mal transcurrían alrededor de la entonces recién salida novela. Si es que puede tomarse en serio a más de un lector puntilloso que se molesta porque la heroína, una vez conquistada la visión sin prejuicio ni velos, que es el comienzo, el gran comienzo —según lo expresa— se siente más cerca de la potona Olguita Lucio que de sus hijos o de su nieta. La Olguita viviendo ahora como monja obsesa en una población.

Lo que no significa que *La mujer imaginaria* se ponga solenne a las finales. Los personajes y las situaciones son reconocibles.

El tono menor en que se amada la trama de la novela es uno de los principales ingredientes de libro mayor. Porque contrariamente a lo que pasa en las teleresías y los best-sellers, donde la desmesura es la tónica para la bondad y la realidad, el éxito y el fracaso, el amor y el odio y la totalidad de las pautas por las que discurre la trancendencia que cautiva a los simples, en la vida de una Inés Elizalde, se trasluce al Chile de este siglo. Y se trasluce sin asquerosos, tal como se encoge de hombros don Joaquín, el marido finalmente abandonado de *La mujer imaginaria*, que alza esos hombros "protegidos por un impecable abrigo de piel de camello". Otra sutil ironía de Jorge Edwards, cuya escrutadora y permanente mirada de cronista habilitadísimo, no se hace demasiadas ilusiones sobre la intensidad que pueda poner la clase alta en la restauración del país que tampoco gobernó demasiado bien, a jugar por como están en la actualidad los gobernados, dentro y fuera de las páginas de *La mujer imaginaria*.

La heroína —tal como lo expresa el crítico Alfonso Calderón— se niega a seguir el camino de los elefantes, porque hace de la imaginación un don. ■

Mundo 1639. Sfp. febrero 1986

MUNDO 13

Adiós al camino de los elefantes [artículo] Graciela Romero.

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adiós al camino de los elefantes [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile